



JEROME CHARYN

**La dama oscura de Bielorrusia**

Había nacido en 1911, como Ginger Rogers y Jean Harlow, pero no era rubia platino: era la dama oscura de Bielorrusia. Con estas palabras nos presenta Jerome Charyn a su madre, una mujer excepcional que rompía con los cánones de belleza de la época pero que con su sola presencia era capaz de detener el mundo.

Es ésta una auténtica epopeya de la infancia, una travesía llena de magia en la que el autor, entonces un niño de cinco años, nos lleva de la mano de esta misteriosa dama por el sombrío y romántico Bronx de los años cuarenta.

Con su prosa ácida y a la vez llena de ternura, Charyn nos lleva por un apasionante recorrido por el Bronx de la II Guerra Mundial. «Fue de mi madre de quien aprendí los mecanismos mortíferos del recuerdo», recuerdos que podemos ver reflejados en casi toda su producción literaria.

*Para Faigele y el sargento Sam*

## I

## Carta de Moguelev

Íbamos por la calle, el prodigio de niño en pantalón corto y su madre, de una belleza tan insolente que paraba el mundo; penetrábamos entonces en un universo a cámara lenta en el que mujeres, hombres, niños, perros, gatos y bomberos en su camión la miraban pasar, los ojos tan llenos de deseo que me sentía como un usurpador a punto de raptarla y llevármela a alguna colina lejana. En aquel 1942 yo sólo tenía cinco años, niño nervioso incapaz de escribir su propio nombre. Mi madre iba envuelta en su abrigo de zorro plateado, diseñado y cortado por Sam, mi padre, encargado de un taller peletero de Manhattan. Aquel abrigo era puro contrabando, pues estaba destinado a la Marina. El taller donde trabajaba mi padre tenía un contrato con el Ministerio de Guerra: debía proveer a la Marina de chalecos forrados de pieles para que sus almirantes y marineros no perecieran de frío en los grandes acorazados.

Eran tiempos sombríos y románticos. El Bronx, el barrio de los judíos pobres y el que vestía a todo Nueva York, era vulnerable, desprovisto de un dique que ofreciese una verdadera protección contra el océano Atlántico y, según los rumores, los comandos enemigos saldrían taimadamente de un submarino, invadirían el alcantarillado en pequeñas lanchas de caucho y devorarían mi tierra natal. Pero nunca vi a ningún nazi en el curso de nuestros paseos. Y por otra parte, ¿qué poder habrían tenido contra la rutilante silueta

de mi madre, envuelta en su abrigo de zorro plateado? Había nacido en 1911, como Ginger Rogers y Jean Harlow, pero no era rubia platino como ellas: era la dama oscura de Bielorrusia.

No paseábamos por placer. Era nuestra expedición diaria a la oficina de Correos, donde mi madre esperaba encontrar carta de Moguilev, en la Rusia blanca, donde vivía su hermano, un maestro de escuela que la había criado al morir su madre. Yo no entendía por qué no podían mandar esa carta al buzón de casa. ¿Acaso los alemanes se habían apoderado de Moguilev y obligaban a mi tío a escribir a través de una red secreta de soviéticos clandestinos?

El jefe de la oficina de Correos salía siempre de detrás de su ventanilla cuando mi madre llegaba. Era un hombrecito enfermizo que llevaba pantuflas y al que le gustaba gritar a sus empleados. Pero se mostraba amable con el niño de la dama oscura. Me dejaba meterme dentro para enseñarme el «cementerio», una enorme saca donde yacían desechadas todas las cartas difuntas, pobres cosas indistribuíbles que llevaban matasellos de todo el planeta. Dejaba errar mis manos por la pila, miraba las imágenes que decoraban los sellos y olfateaba el olor del pegamento, mientras el jefe apretaba la mano de mi madre. Pero ni siquiera aquel mago del correo conseguía que apareciese una carta procedente de Moguilev.

Durante el camino de regreso, escalando una colina después de otra, mi madre no dejaba de temblar. Su paso era el de una dama borracha. Fue de mi madre de quien aprendí los poderes mortíferos del recuerdo. Sólo era capaz de sobrevivir a condición de recibir noticias de Moguilev. Pero, en plena guerra, no le llegaba ni una palabra; entre Bielorrusia y el Bronx de Nueva York sólo se elevaban montañas de cartas muertas.

Se ponía entonces a fumar cigarrillos. Tuve que aprender a apagar las cerillas que se le caían de las manos y a sofocar a manotazos los minúsculos incendios que formaban

como una estela a su alrededor. Quitaba también el polvo de las paredes, vigilaba el ganso asado, abría el horno y le hincaba un tenedor, hasta que estaba como le gustaba a mi padre: tostado, crujiente, incomedible.

Le llevaba el whisky a la mesa, le servía un trago y me ponía a charlar sin parar, a hacerle las preguntas más absurdas que se me ocurrían a fin de camuflar los silencios de mi madre. Pero en cuanto él salía, ella hacía como si su hermano la llamase de Moguilev (ni siquiera teníamos teléfono) y se echaba a reír y a llorar en una lengua rusa tan melodiosa que me hacía creer que el verdadero lenguaje surgía de un teléfono espectral.

Su inglés estaba desprovisto de musicalidad; era dubitativo, cruel, semejante a una lengua retorcida. Y yo era un cochino malintencionado. Agarraba sus expresiones como si fueran las piezas de mi juego de construcción e interpretaba canciones-frase trastocadas: «En la mar, mamá, se han ahogado muchos barcos rotos». Yo nunca había visto el mar. Pero no me costaba imaginar el vasto Atlántico donde, semejantes a cocodrilos, merodeaban los submarinos alemanes. Mi madre me había prometido llevarme a Manhattan, al otro lado del puente, para ver los transatlánticos que, trabados en el río Hudson, no podían salir a hacer la guerra. Pero la carta de Moguilev obnubilaba su pensamiento y no parecía capaz de resolver la sencilla operación de nuestro pequeño viaje.

Así que permanecíamos anclados en el Bronx. Mi madre se volvía malhumorada. Se pasaba una hora plantada ante el espejo con la caja de colorete en una mano y el lápiz de labios en la otra, pintándose la cara. Luego empezaba a llorar y se estropeaba el trabajo, enormes lágrimas le devastaban la pintura con su ácido salado. Yo la seguía por la calle, en dirección a la oficina de Correos; la gente miraba a la Oscura con los ojos fijos en aquel estropicio, en aquellos surcos de su cara. No por eso estaba menos atractiva, pues

el jefe de la oficina de Correos se mostraba el doble de atento.

—¿Café, señora Charyn? —le decía.

Y, sin embargo, el café era difícil de encontrar. Yo tenía derecho a caramelos y tazas de chocolate, que también me dejaban surcos en el labio superior. Pero mi madre estaba profundamente descorazonada. El ritual de su dolor no se hacía esperar.

—¿No carta Mogueilev?

—Ya llegará, señora Charyn. Las cartas rusas son famosas por eso. Van muy despacio pero siempre acaban llegando.

Bailaba a su alrededor, con sus pantuflas, lanzaba miradas amenazantes a sus empleados, ejecutaba piruetas con la cafetera en la mano, pero mi madre apenas le prestaba atención. No afrontaba día tras día la decepción para ir allí a convertirse en un miembro de su salón. Ni todas las golosinas del mundo habrían podido contentarla.

Yo estaba perdido en la mar. Tenía que pilotar a mi madre de un lado para otro, desvestirla, asar el ganso de mi padre. No obstante, la suerte me sonreía. No tenía que ir a la escuela. Los parvularios del Bronx estaban cerrados. Había una terrible escasez de maestros y alguien había dicho que los chicos de cinco años como yo podían quedarse en casa jugando con sus tacos de madera y el barro de modelar. Pero yo no tenía tiempo para modelar. Tenía que ocuparme de mi madre, desplegar verdaderos tesoros de seducción para que se sintiera mejor y conseguir que mi padre creyera que estaba sana como una manzana. A Sam le hacía tragar whisky y ginebra. Cuando se levantaba de la mesa tenía los ojos fuera de las órbitas. Le hacía preguntas a mi madre y yo respondía por ella una, dos, tres veces, hasta que me ganaba una bofetada.

—Métete en tus asuntos, Bebé.

Bebé, así es como llamaba a su niño para hacerle sufrir. Yo no sabía leer ni escribir pero podía escuchar la radio. Se-

guía los partes de guerra y sabía que los comandos británicos llevaban a cabo desembarcos anfibios en pleno desierto y le daban unas tundas terribles al Afrika Korps de Hitler. Le pedía a mi padre que me llamara Soldado o Sargentito pero nunca lo hizo.

El sargento era papá, no yo. Aunque cortar chalecos forrados de pieles para un montón de almirantes lo había librado de ir a la guerra, también tenía su uniforme: un casco blanco que parecía una sartén y un brazalete blanco adornado con una insignia muy complicada (un círculo azul con un triángulo rojo y rayas blancas en su interior). Mi padre formaba parte de la Defensa Civil; estaba encargado de la vigilancia aérea y tenía el grado de sargento. Patrullaba las calles al anochecer, con un silbato plateado al cuello, y se aseguraba de que cada ventana, en el perímetro de su competencia, estuviera cubierta con la cortina negra reglamentaria. Cuando la luz se filtraba por una ventana advertía al infractor con un golpe de silbato y gritaba:

—¡Venga, apaga eso, tunante!

Y si no era suficiente, llamaba a los polis o hacía que la oficina de Defensa Civil citase al culpable. Mi padre era un vigilante irreprochable, despiadado con quien cayese en su pequeño poder, dispuesto a desafiar la furia de sus amigos, de sus vecinos, de cualquiera que se comportase mal. Como te sorprendiese en la calle durante un ensayo de ataque aéreo, te metía en lo más hondo de un sótano. Algunos no escuchaban al sargento Sam, otros se rebelaban y le daban una paliza, hasta que llegaban otros vigilantes o un poli y lo rescataban. A finales de 1942, el primer año en que entró en funciones, el alcalde LaGuardia, jefe de la Defensa Civil, le concedió una medalla. Lo oí decir en la radio: «Tenemos a nuestros propios soldados en Brooklyn y el Bronx, hombres valerosos que, sin fusil, protegen el frente doméstico de los saboteadores y los antipatriotas. ¿Qué haría yo sin mis vigilantes?».

Y si papá volvía a casa con un ojo a la funerala y con el silbato roto, el brazalete desgarrado y el casco blanco abollado, le tocaba a Bebé espabilarse y buscar la mercromina, mientras mi madre, desesperada, permanecía sentada en el salón soñando con el correo ruso. En esos momentos de dolor él demostraba mayor solicitud que de costumbre, se volvía casi afectuoso con su rostro magullado. Me apretaba la mano y miraba la foto de Franklin Delano Roosevelt que estaba en la pared, mientras yo le cubría el ojo con un esparadrapo.

—¿No crees que debería escribir al presidente, Bebé?

—Está muy ocupado, papá, sepultado por el correo. Un vigilante no tiene derecho a quejarse. ¿Qué pensarían si te chivaras? Le darías mala reputación al Bronx.

Como es natural, yo era incapaz de expresarme en frases tan completas y bien construidas. Mi melodía sonaba a algo así como: «Sepultado, el presi. Comiendo sobres de papel manila. Mejor que estés tranquilo. En el Bronx matan a los chivatos». Papá pescaba mis alusiones.

—¿Quién es un chivato?

Pero nunca se habría atrevido a abofetearme con Franklin Delano Roosevelt en la pared. Incluso en su ensimismamiento, mi madre bendecía a F. D. R. cada vez que encendía una vela. La sangre que corría por las venas del presidente corría también por las nuestras.

De todos modos, papá no podría haber escrito a Roosevelt. Era tan iletrado, tan inválido de la pluma como yo. Con trabajo lograba garabatear algunas palabras en sus informes de la Defensa Civil. Sufría, pues, en silencio y se lamía en soledad sus heridas; en las fiestas grandes, cuando íbamos al oficio, aún llevaba la cara cubierta de cardenales. Tenía que vestir a mi madre y asegurarme de que su maquillaje no se corriera. No éramos miembros del Adath Israel, el templo que está en el bulevar Grand Concourse, con sus columnas de piedra blanca y su gran puerta de bronce. Al Adath Israel iban los médicos y los abogados millonarios. El

oficio se hacía en inglés. El ayudante del rabino era además pintor y poeta. Daba cursos nocturnos para los chicos del barrio. Lo llamábamos Len. Estaba enamorado de la dama oscura. Ésa es la razón por la que me animaba y me había aceptado en su clase. Quería que fuéramos miembros del templo pero mi padre se negaba a acercarse a un lugar que no tenía solista del coro. El inconveniente del inglés es que el solista no tenía nada que cantar.

Nosotros íbamos a la vieja sinagoga que estaba al pie de la colina, un antiguo caserón medio en ruinas. Dentro llovían cascotes del campanario. La sinagoga había sufrido ya tres incendios desde el inicio de la guerra y «la bomba incendiaria», como la llamábamos, estaba siempre a punto de cerrar. Pero teníamos a Gilbert Rogovin, que había sido niño de coro allí y había estudiado en la escuela de cantores de Cincinnati, en Ohio. Podría haber ganado una fortuna interpretando música religiosa en la Quinta Avenida, pero él volvía siempre al Bronx. Era un pez gordo de la Ópera de Cincinnati. Cuando no estaba con nosotros, interpretaba barberos sevillanos y reyes locos de Marruecos.

Estaba casado con la diva Marilyn Kraus y la llevaba siempre a nuestra sinagoga en ruinas. Era una belleza hercúlea, de un metro ochenta de estatura, con manos de jugador de rugby y una silueta tan maciza como flotante. Cuando subía a la tribuna de mujeres, la escalera temblaba bajo sus pies. La tribuna estaba llena de forofos de la ópera que veneraban a Marilyn y la llamaban Desdémona, y yo me preguntaba si la Desdémona en cuestión sería otra dama oscura de Bielorrusia.

Yo tenía el privilegio de sentarme con mi madre y las demás mujeres, ya que sólo contaba cinco años. Desdémona se dejó caer pesadamente a nuestro lado en el estrecho banco, con las enormes manos reposando en su regazo, como una reina despótica de la tribuna. Saludó con la mano al maestro, que llevaba una casulla blanca. Él iba a devolverle el saludo cuando descubrió a la mujer que se sen-

taba al lado de su esposa. Pareció quedarse sin aliento. Como los bomberos cuando vieron por primera vez a mi madre. Perdida en su mundo de cartas que no llegaban, ella ni le sonrió. El cantor estaba muy solo, ni siquiera era consciente de la devoción que hacía brillar sus ojos negros. De pie en medio del coro de niños se puso a cantar. Pero no se parecía al jefe de Correos que danzaba en pantuflas. Él era el guardián del canto.

Arrancó a mi madre de su ensoñación desde las primeras sílabas. Una mujer se desmayó. Tuve que correr a buscarle las sales...

Apoyado en la barandilla del estrado, fumaba. Los cantores no estaban autorizados a fumar en los grandes días de fiesta. Pero Rogovin tenía derecho a todo. Desdémona no estaba con él. Había tenido que volver a su suite del hotel Concourse Plaza. Mi madre y yo salimos de la sinagoga con el sargento Sam, convertido ya en héroe local a causa de los pequeños calvarios sufridos como vigilante de ataques aéreos. Un policía especial con la cara herida. El maestro lo saludó.

—Sargento, me gustaría llevarme prestado a su chico.

Nunca lo habíamos visto tan de cerca; tenía pelitos blancos en la nariz y exhalaba un extraño perfume que recordaba a cierta flor roja que había en el zoo del Bronx.

—Es un honor —dijo mi padre—. Pero ¿qué podemos hacer? El chico tiene cinco años. No tiene permiso de trabajo. Ni siquiera sabe el abecedario.

—Es una historia muy triste. Mi anciana madre no para de darme la lata para que tenga un hijo. Me he tenido que inventar uno.

—¿Le ha mentado, maestro?

—Es escandaloso, sí. Pero mi madre está medio ciega y en un asilo del Bronx. Quiero que sea feliz antes de morir.

Rogovin estalló en sollozos. Nunca había visto llorar a un maestro. Sus lágrimas eran tan gruesas como los pendientes de cristal de mi madre. Papá se apiadó de él.

—Maestro, por favor... Le prestaremos al chico.

Se volvió hacia mi madre, perplejo y furioso.

—Haz algo. No podemos dejar que el maestro llore de este modo.

No sé si mi madre soñaba con Moguilev en ese momento. Pero salió de su trance el tiempo preciso para abofetear a Rogovin. Papá cayó en una perplejidad mayor aún. Se suponía que las esposas de los vigilantes de ataques aéreos no podían cometer actos criminales, y agredir a un maestro en público era peor que criminal, era un pecado contra Dios, que prefería sus cantores a cualquier otra criatura, pues Dios adoraba las canciones hermosas.

Mi madre volvió a abofetearlo. Rogovin no se sorprendió. Lo vi sonreír bajo la mano con la que se cubría la boca.

Mi padre apretó el puño.

—Te voy a matar —le dijo a la Oscura.

—Sargento —dijo el maestro—, no provoque a la señora. Me va a pegar aún más fuerte.

—No entiendo nada —dijo papá.

—Es sencillo. Mi legítima estaba en la tribuna con la señora. Habrán hablado de mí...

—¿Tribuna? ¿Legítima? No entiendo nada.

Yo estaba tan desconcertado como él. No le había oído a Desdémona susurrar una sola palabra.

—Tonto —le dijo mi madre a papá—. No asilo ni señora ciega. Su madre come y bebe como un caballo.

—No entiendo nada.

Mi madre cogió el pulgar de Rogovin y se lo puso cerca del pecho.

—¿Está claro ahora? El maestro es lujurioso y libertino.

Rogovin se inclinó ante mí, me besó la mano como un europeo y huyó hacia su hotel.

Mi padre se había mostrado tan diligente en la confección de chalecos forrados de piel que su jefe lo envió a pasar una semana en Florida. Casi todas las vacaciones habían sido anuladas debido a la guerra, ya que el ejército y la Ma-

rina necesitaban los ferrocarriles para transportar hombres y munición. Mi padre disponía de un pase especial firmado por Frank Knox, secretario de Marina. Yo no oí hablar de Florida hasta un tiempo después:

Miami Beach era el paraíso de los peleteros, donde los fabricantes y sus mejores obreros se divertían una vez al año en compañía de prostitutas locales y damas oscuras llegadas de La Habana y Nueva Orleans. Y cuando la palabra prostituta tuvo significado para mí, hacia los seis o siete años, comprendí la razón de las peleas que enfrentaban a mi madre y al sargento Sam a causa de sus estancias en el hotel Flagler. Ella le tiraba un zapato a la cabeza, vaciaba en el suelo los frascos de perfume que le traía de Florida, quemaba las fotos que él escondía en un compartimento secreto de la maleta. Siempre llegaba increíblemente bronceado: parecía un Clark Gable con sonrisa culpable.

Pero en 1942 Clark Gable se convirtió en una especie de fantasma. Mi madre ni lo miró mientras hacía las maletas. Se fue a toda prisa, sin su casco de vigilante, me dio cinco billetes de dólar para que me los gastase durante su ausencia, una pequeña fortuna ofrecida por uno de los hijos predilectos de la Marina. Yo era feliz de verlo marcharse. Ya no tendría que acicalar a mamá para que estuviera presentable para papá, disimular para él su pena, asarle el ganso, empapararlo de whisky para que no advirtiese sus interminables silencios.

El día de su partida llegó el pretendiente de mamá. No sé llamarlo de otro modo. Se hacía pasar por mi tío pero no tenía nuestros célebres pómulos ni nuestros ojos tártaros. No podía pertenecer a aquella tribu de judíos mongoles que habían aterrorizado el Cáucaso hasta que fueron sometidos por el Gran Tamerlán. Chick Eisenstadt era un moce-tón rubicundo que había trabajado antaño con mi madre en una casa de modas de Manhattan. Ella había sido costurera antes de casarse. Si había que creer a Chick, todo el taller estaba enamorado de mamá, pero sólo él había unido su

destino al de ella mucho después de que el taller hubo desaparecido. Hasta que estalló la guerra había llevado una mala vida. Chick era el único de mis «parientes» que había estado en el penal de Sing Sing. Era agradable tener a un ex presidiario en la familia. Sabía toda clase de historias sobre los forajidos más célebres. Y sobre cómo empleaba el tiempo mi padre. Aparecía cada vez que el sargento Sam se ausentaba.

Nos llevó a dar una vuelta en su Cadillac. Chick no estaba autorizado a tener coche. La gasolina estaba racionada y los desplazamientos no justificados estaban prohibidos. Pero Chick trabajaba en el mercado negro y les daba medias de seda a los generales y a los burócratas del Ministerio de Guerra para sus esposas. Tenía un pase que le autorizaba a conducir a «personas esenciales», médicos, por ejemplo, o magnates de la industria del armamento. Los polis vieron el Cadillac, le echaron un vistazo a mi madre, sonrieron y me llamaron «pequeño pionero de Roosevelt».

Atravesamos Manhattan con Chick, que nos llevó a ver los transatlánticos inclinados en el puerto, semejantes a bellas durmientes ataviadas con chimeneas, y me asaltó una angustia como nunca antes había sentido. Un transatlántico era algo que sobrepasaba mi imaginación. Eran la impronta de un mundo que no podía comprender desde el Bronx. Mi único puente hacia él era Chick.

Nunca intentó corromperme, nunca me ofreció regalos caros que me hubieran hecho despremiar a mi padre. Pero sí nos llevó al único restaurante ruso blanco del bulevar Grand Concourse, el Águilas Implacables, donde sus compinches nos miraban con insistencia y donde, en mitad de la comida, instalado en una mesa con su familia secreta, Chick se ponía a sudar. Sing Sing le había arruinado la salud. Tenía tos crónica y aún le temblaban las manos de las palizas que le habían propinado los otros presos. Chick tenía treinta y cinco años, tres más que mi madre, pero en

Sing Sing se le había puesto el pelo blanco y parecía un noble arruinado por la guerra.

Miró fijamente a mi madre, completamente desamparada delante de su plato de *pirogi*<sup>11</sup>, y le preguntó:

—¿Qué es lo que no va bien, Faigele?

Mi madre se llamaba Fannie pero sus admiradores y sus amigos la llamaban «Faigele», palabra que según mi diccionario de tártaro significaba pajarillo.

—Moguilev —dijo mi madre.

Una sola palabra fue suficiente para que Chick reconstruyera toda la historia.

—Tu hermano, el maestro de escuela. Sus cartas no te llegan y tú estás hundida en la más negra aprensión.

—Los nazis han tomado Moguilev —dijo ella—. Lo ha dicho la radio, Chick.

Chick estaba pendiente de la pena de mi madre.

—A veces la radio miente. Se llama propaganda.

—¿Los alemanes pagan a la radio para que cuente mentiras?

—No he dicho los alemanes. Puede ser la Casa Blanca. El presidente no tiene necesidad de pagar, ¿entiendes? El presidente habla de una derrota que nunca ha existido. Así que Hitler se relaja y empieza a hacer tonterías. Entonces se le paga con la misma moneda.

Yo no quería discutir con Chick. Un tipo que se dedica al mercado negro sabe lo que se dice. Pero no creía a Roosevelt capaz de mentir sobre Moguilev.

—Faigele, si hay una carta, la encontraré.

Fuimos a Correos después de comer. El jefe iba con sus pantuflas y les lanzaba miradas de soslayo a mi madre y al estraperlista, quien se las devolvía.

—¿Podría ser que alguno de sus hombres hubiera estado enredando en el correo?

—Imposible —dijo el jefe, mientras Chick le llenaba los bolsillos de medias de seda.